

Cuestión de confianza



José Félix Tezanos
Director de *Temas*

Robert Merton ilustró el “efecto Thomas” –de la “profecía que se cumple a sí misma”– con el ejemplo de un Banco, que inicialmente puede ser una institución que cumple perfectamente todos los requisitos de solvencia, reservas y buen proceder profesional. Pero basta que mucha gente pierda la confianza en esta institución en un determinado momento y tema por sus ahorros, acudiendo a retirarlos en masa, para que acabe entrando en bancarrota. Es decir, lo que “objetivamente” no era cierto inicialmente queda modificado por las apreciaciones “subjetivas” de una pérdida generalizada de confianza.

ren ahorrarlo, o guardarlo, por si llegan tiempos peores; los que pensaban comprar algo esperan a ver si los precios bajan más; y los que tenían en mente invertir o poner en marcha alguna iniciativa no saben qué hacer ante las incertidumbres que se ciernen en el horizonte, quedando como paralizados, sin reflejos ni capacidad para operar con seguridad. Sólo los especuladores parecen encontrarse en su ambiente, despiertos y activos para intentar sacar tajada de la situación, en una forma y con unos procedimientos que están erosionando más la coyuntura económica y las posibilidades de suscitar las certezas necesarias.

De esta manera estamos entrando en un círculo vicioso de desconfianzas encadenadas, que encuentran su reflejo más crítico entre aquellos que se encuentran en paro o que están en peores condiciones de precariedad laboral o vulnerabilidad social.

Postrados ante los mercados

Las noticias sobre despidos masivos de funcionarios o sobre duros recortes laborales y sociales están extendiendo los temores ante el futuro inmediato. La pobreza de los debates económicos y la escasa visibilidad de líderes capaces de hablar con claridad,

y plantear alternativas diferentes a las que entonan los coros de agoreros, está dando lugar a un clima político extraño, en el que continuamente se reclaman nuevos sacrificios ante el despiadado altar de los mercados. El miedo está cundiendo de tal forma que los ciudadanos más amedrentados han empezado incluso a urgir los sacrificios; se supone que alentados por la esperanza propiciatoria de una redención económica más temprana. Y para ello, incluso, se buscan “responsables” y “chivos expiatorios”, apuntando hacia los sindicatos y otros sectores que no se avienen a comulgar con las ruedas de molino de las recetas regresivas.

Los partidos socialdemócratas, en particular, están ante una situación especialmente difícil. Las operaciones



C. BARRIOS

En las complejas e interdependientes sociedades de nuestro tiempo la confianza es mucho más importante para el buen funcionamiento de las cosas que cuando Merton escribió tales observaciones. Por eso la pérdida de confianza puede tener efectos letales, como estamos viendo en nuestros días. De ahí que resulte sorprendente la escasa atención que algunos prestan a tales factores y a sus efectos en la actual crisis de demanda y de inversión.

Una ola de desconfianza

En nuestras sociedades se está viviendo una ola de desconfianza, que afecta tanto a los ámbitos económicos como a los sociales y políticos. Muchos ciudadanos no saben a qué atenerse. Los que tienen algo de dinero prefie-

de acoso y derribo que se están poniendo en marcha, en paralelo a descaradas maniobras especulativas, al grito de "¡esto es lo que quieren los mercados!", han llevado a los pocos Gobiernos socialdemócratas de Europa a un auténtico callejón sin salida, de forma que algunos han acabado liderando duras políticas de ajustes y recortes, en una dinámica perversa de muy difícil asunción por sus bases y electores.

La crisis de la socialdemocracia

Ante la tesitura actual, los partidos socialdemócratas corren el riesgo de quedar triturados política y electoralmente, por presiones encontradas. Sostener, al mismo tiempo, que "tus políticas" preferidas son (o serían) de corte social y keynesiano, pero que te ves "obligado" a realizar las políticas (diferentes) que te imponen los mercados, solo puede conducir a la melancolía y a la frustración. Por esa vía, bastantes de los que te apoyan se sentirán defraudados y te acabarán dando la espalda. En tanto que otros, más confundidos y amedrentados, terminarán asumiendo la necesidad de políticas duras de ajuste y se arrojarán en brazos de aquellos que más genuinamente las defienden y postulan, pensando que, si hay que realizar sacrificios en el altar de los mercados, lo mejor es que los oficientes sean "creyentes" convencidos y suficientemente duchos en la función.

Gobernando en solitario, los partidos socialdemócratas tienen dificultades sustanciales para explicar a sus votantes las políticas que están realizando y que no coinciden con las que prometieron en las campañas electorales.

Por esta vía, la socialdemocracia puede terminar por quedarse sin papel y sin apoyos sociales suficientes, precisamente por no ser capaz de plantear una alternativa propia para salir de la crisis. Y, todo ello, a pesar de que en muchos países europeos la mayoría de la población se inclina por la izquierda. De ahí que estemos ante un auténtico caso de mala gestión de la crisis. Mala gestión —e incluso renuncia a realizar una gestión propia— que está propiciando desconfianza y más temor entre amplios sectores de la población.

Alternativas políticas

¿Había otras alternativas políticas frente a la situación que se nos ha venido encima? Es obvio que las había y, cuando pase el tiempo y se constate inequívocamente que

estamos cometiendo errores similares a los que se sucedieron ante la Gran Depresión, serán muchos los que reconocerán que son necesarias otras políticas para salir de la crisis. El problema será que habremos perdido un tiempo precioso y se habrán causado notables destrozos sociales y humanos. Con los consiguientes costes políticos y económicos.

Amén de estas posibilidades a medio plazo, los partidos socialdemócratas tenían —y aún tienen— otra salida política para evitar buena parte de sus actuales contradicciones y desgastes electorales. La opción era (es) apostar por otra forma, excepcional, de enfocar y entender la acción política en momentos como los actuales, que también son excepcionales en muchos aspectos. Es decir, si se considera evidente que actualmente hay que realizar una política de interés general, que no coincide con la que se ofertó en los programas electorales, entonces parecería lógico que tal política se instrumentalizara y vehiculizara de manera también excepcional, no como política de parte, o de partido, sino como política general en la que, durante un tiempo acotado, los principales partidos se deberían poner de acuerdo, haciendo los sacrificios y renuncias que sean necesarios. Incluso mediante un gobierno de gran coalición que fuera capaz de anteponer los intereses generales, en una forma más creíble y respaldada.

Lo cual implicaría que en el discurso de los sacrificios se desplazaría el foco de los ciudadanos medios —que piensan que se les está cargando con el mayor peso— a los partidos que, si las cosas están tan mal como se sostiene, están obligados a hacer todo lo preciso para entenderse y trabajar juntos. Si esto se hiciera así, se aliviarían enormemente algunas tensiones políticas y se acallarían voces inoportunas y disruptoras, mejorando las percepciones públicas y el clima de confianza, tanto en el plano político como en el económico.

Por eso, en la medida en que estamos ante una grave cuestión de confianza, la mejor manera de atajar el problema es intentando recuperar confianza y seguridad, procurando alcanzar estabilidad allí donde los riesgos de erosión son más notorios. En tal sentido, no hace falta ser un lince para comprender que las bajas cotas de prestigio de los liderazgos y las tendencias de desafección política están directamente relacionadas con el hecho de que los principales partidos y organizaciones sociales no estén siendo capaces de avanzar en la dirección que tantos ciudadanos y analistas consideran que es altamente conveniente. **TEMAS**